

# INTRODUCCIÓN

1931

Los años son criaturas del género de las que nos devoran. Criaturas vivas, generadoras de su propia biografía, que se extiende, según el ilusorio mecanismo con que pretendemos medir el tiempo, desde un 1 de enero a un 31 de diciembre. El año 1931 tuvo esa duración en todo el mundo, como todos los años, pero en España adquirió proporciones anacrónicas y fantásticas: de una parte, el país se mantuvo como en los trescientos o cuatrocientos años anteriores, varado, inerte y suspenso en la historia, pero de otra, un formidable huracán social y político lo revolucionó transportándolo, en ese solo año, desde la Edad Media al futuro.

El advenimiento de la Segunda República española, reclamada por la mayoría como palanca salvífica para sacudirse el hambre, la miseria, la injusticia, el atraso y la postración, acaecido el 14 de abril de 1931, dejó ese año inscrito en la historia con caracteres rutilantes e indelebles. Bien es cierto que lo que hoy llamamos «politización» de la vida era enorme y general en ese trance revolucionario, pero no lo es menos que, bajo la tempestad de sucesos insólitos y extraordinarios que acompañaron la llegada del ansiado régimen de libertad, quedó intacto, del 1 de enero al 31 de diciembre, de un cabo al otro del año,

el aparato atávico y ancestral de la vida, de las costumbres y del imaginario. Para eso venía precisamente la República, para rescatar a España del marasmo del pasado, pero un año, no hace falta decirlo, era un espacio de tiempo bien menguado para lograrlo.

*1931. Biografía de un año* pretende describir la vida real, ordinaria, profunda, de ese año solapado por el gran acontecimiento que trajo el 14 de abril, la alegría de vivir para quienes, la mayoría del pueblo español, hozaban en la tristeza. El 13 de abril España no era un país distinto del que fue el día 15, ni el mes de enero difirió gran cosa, en lo hondo y en lo consuetudinario, de diciembre. Fueron trescientos sesenta y cinco días, pero nada se sabe, fuera de la jubilar espuma social y política, fuera de la incipiente e institucional (superficial por tanto) revolución de costumbres de los primeros meses de democracia, de lo que sucedió aquel año.

El libro *1931. Biografía de un año* contiene, en efecto, la historia y el relato de su vida, y sus capítulos son, como no podría ser de otra manera, los meses. Sus renglones, las horas; sus párrafos, los días, y todo, o lo más digno de ser contado, de cuanto contuvieron. En paralelo a la política, que no al margen por no ser ello ni deseable ni posible, este volumen traza las edades de ese año y recobra la memoria de sus sucesos y de sus criaturas olvidadas.

La circunstancia de que solo dos semanas antes del nacimiento del año 1931 viera la luz un periódico gráfico, *Ahora*, que dio sus primeros pasos con él (sometido a una férrea censura militar hasta abril) y que aprendió con él a pronunciar a partir de la primavera las nuevas palabras que sonaban a futuro, permite a esta biografía articularse en el día a día, en la pesquisa de los sucesos menudos o recurrentes, en el atisbo histórico de la realidad en suma. Otros periódicos y publicaciones gráficas de la época también suman sus aportes, como es natural, al relato, pero *Ahora*, cuya colección íntegra posee el autor con su materialidad genuina y sepia, es gemelo de 1931, y ya se conoce el género de sincronía con que actúan e interactúan los que nacen a la vez.

Aquella república, ansiada por la mayoría cual quedó acreditado en las elecciones plebiscitarias que la trajeron, vino alentada y dirigida por una élite de catedráticos, periodistas, científicos, pedagogos, jurisconsultos, escritores, filósofos, artistas y trabajadores instruidos de todas clases que, aun sabiendo que a la República le faltaba lo esencial, ciudadanos, pues no se pasa a esa condición desde la de súbditos en un suspiro, quiso gobernar en gran estilo, con sumisión a la ley, extremo decoro y descomunal esfuerzo legislativo. Pero las luces de la razón se proyectaban sobre una realidad de atraso, de irracionalidad y de violencia, de indigencia cultural y de envilecimiento político. Aquellos próceres republicanos eméritos creyeron, o quisieron creer, que España era un país medianamente civilizado, y que la República lo civilizaría del todo. Pudo, pese a las colosales dificultades de todo tipo, hacerse, pero el sindió de la guerra, a cuyo rebufo emergió el hampa en todas partes y que terminó con el triunfo delincuente, erradicador y despiadado de una España sobre la otra, venció el fiel de la balanza hacia el lado de la realidad más sórdida, precisamente la que la Segunda República había intentado transformar con el desarrollo de los principios esenciales de su credo: libertad, igualdad, fraternidad... y luces, muchas luces.

La realidad, aquella que acabó sobreponiéndose a los buenos nuevos tiempos y que retornó más bestial y desbridaada que nunca a partir de julio de 1936, era la que los periódicos no pudieron contar de enero a abril de 1931, durante la infancia y la pubertad de aquel año. La censura militar de la agónica monarquía era estricta, y el 1 de enero, pese a que España ardía en huelgas, a que el paro obrero condenaba a centenares de miles de familias a la inanición, a que la represión por lo de Jaca y lo de Cuatro Vientos segaba vidas valiosas, a que las cárceles estaban atestadas de opositores y a que la epidemia de gripe, réplica tardía de la del 18, se ensañaba en los predios nacionales del frío, el hambre y la miseria, el periódico gemelo del año, *Ahora*,

abría en portada con la foto de una cola de madrileños ateridos que aguardaban para cobrar los pocos duros que les había deparado la Lotería de Navidad. La metáfora de esa cola y de esos pocos duros, si es que el invierno de 1931 estaba para metáforas, había que buscarla en el hecho de que el segundo premio, el que había tocado en Madrid, había caído fragmentadísimo, atomizado casi por las participaciones de 2 reales distribuidas por la Asociación Matritense de Caridad.

Había ese 1 de enero, cual titulaba su sección de Sucesos el diario *Ahora*, «muertes violentas en todas partes», pero, sobre todo, suicidios, accidentes fatales de niños, dramas rurales, reyertas urbanas y catástrofes automovilísticas y ferroviarias. Aquel día (el anterior para el mundo, no para un periódico) perecieron no menos de cuatro o cinco niños (uno atropellado por un taxi, otro abrasado en un incendio, otro aplastado por un carro...), y otros tantos infortunados a causa del tren: un maquinista, un guardagujas, un pastor...Y así sería durante todo el año. Ahora bien; si todo suceso describe perfectamente la realidad circundante, los suicidios, si son muchos, la califican.

De tres a cuatro suicidas diarios no bajó el número ningún día de 1931. El primero de verdad, esto es, el primer suicida del año (los que daba el periódico del día 1 eran, como se sabe, los últimos del año anterior), fue ¡el portero del Museo Romántico! El conserje del viejo caserón legado por el marqués de la Vega-Inclán, en el número 15 de la madrileña calle de San Mateo, podía haber usado los pistolones con los que se quitó la vida Mariano José de Larra, expuestos en el museo, pero prefirió arrojar al pozo del patio.

De todas estas cosas, día a día, semana a semana, mes a mes, da cuenta *1931. Biografía de un año*, con detalle y, a menudo, con fotografías. A donde no llegó *Ahora*, ni ninguno de los periódicos de la época, constreñidos por la censura borbónica, llega este libro gracias a las revelaciones posteriores y a las pesquisas propias.

Los niños, muchos desatendidos y explotados laboralmente, caían como chinches. Como el repartidor de leche, de diez años, que conducía el carro con las cántaras y se le desbocó el caballo, o como el que, víctima de otro género de fatalidad, se abismó en aquel enero con sus catorce meses al fondo de un pozo, abrazado a su joven madre suicida. Por no hablar de los dos aplastamientos por sendos camiones, el día 5, en distintas localidades.

La fiesta de los toros, que hasta hacía poco había consistido básicamente en el destripamiento a cornadas de los caballos de los picadores, hasta treinta y más abiertos en canal por corrida, gozaba, en aquel ambiente de salvajismo, de gran predicamento. Los toreros tampoco eran exactamente como ahora, de suerte que los finos y los artistas, como Francisco Peralta *Facultades*, el diestro malagueño muerto en la miseria el 5 de enero, poco tenían que hacer (*Facultades*, encima, mataba mal), mientras que los jaques podían ir sobreviviendo, y aun enriqueciéndose, entre cornada y cornada. Tan jaques eran los jaques que dos de ellos, el banderillero Joaquín Manzanares *Mella* y el diestro Victoriano Roger *Valencia II*, se liaron a puñaladas el día del nacimiento de 1931, en Caracas, donde a la sazón hacían las Américas.

En esta biografía se cuenta lo que en vida del año no podía saberse, pues ocurrió después: uno y otro, violentos como eran, dieron en hacerse falangistas. A *Valencia II* no le podían ver los taxistas de Madrid desde que golpeó a uno de ellos, por una discusión sobre el servicio, hasta casi matarle, y cuando hizo su presentación en Las Ventas, allí le estaban esperando los chóferes de alquiler, en el tendido. *Valencia II* capeó la bronca durante su faena venática, de suicida, a cuyo término se dirigió al tendido de los taxistas tocándose los genitales. La sublevación de julio del 36 pilló a este torero en Madrid, y corrió a refugiarse en la casa de su amante. Alguien le denunció, se dijo que ella para quedarse con su dinero, y desapareció el 18 de diciembre en uno de aquellos «paseos» sin retorno. A *Mella*, por su parte, le cupo el inde-

cente honor de actuar para Heinrich Himmler, el sádico gestor del Exterminio, en la corrida que Franco le ofreció en la Monumental de Las Ventas el 20 de octubre de 1940, cuando el monstruo alemán vino a España para preparar la entrevista de Hendaya.

En fin, la biografía de un año, de un año crucial, con su poco de antes y de después, como exige el relato de cualquier vida.